modo según la edad y suponen un ejercicio diverso según la condición de ser padres o hijos. Los ejemplos aportados en este apartado resultan elocuentes para comprender cómo educar con paciencia y cómo educar en la paciencia.

Para coronar la publicación, el capítulo final versa sobre la generosidad. La unidad familiar se sostiene en la entrega mutua y ésta radica en la generosidad de sus miembros, en que sean capaces de entregar "todo lo que uno posee y entregarlo a la persona adecuada en el momento oportuno" (p. 91). Esta capacidad se desenvuelve siguiendo dos pasos: valorar lo que se posee y valorar las necesidades de los demás. Los actos de generosidad se concretan en dar cosas, en dar tiempo –en cantidad y calidad– pero sobre todo en darse. Uno de los principales actos de generosidad en las relaciones familiares es el perdón que manifiesta gran seguridad y gran deseo de servir a los demás. El autor nos ayuda a discernir los actos de generosidad auténticos de otras actuaciones en las que podemos buscar contraprestaciones más o menos encubiertas de las otras personas. Esta realidad es adaptada a la familia en la que lo difícil es tratar a cada persona como necesita y conciliar con equilibrio las acciones en y fuera de la familia. Por último rescatamos una idea profunda con la que se termina el libro: crecer en generosidad no es opcional sino que es fundamental para que las personas lleguen a su plenitud. El autor no esconde su objetivo sino que lo expone con claridad: ayudar a los padres de familia para que mediten sobre su actividad y la mejoren en la medida de las posibilidades. No obstante estas reflexiones pueden ser de utilidad a un público más amplio: a todos aquellos interesados en un tema tan central como la familia de la que depende la felicidad de las personas, y especialmente a los educadores que por un motivo u otro acaban entrando en contacto con las familias. Esta publicación muestra el buen quehacer pedagógico de David Isaacs y enlaza con algunos de sus títulos como: *La educación de las virtudes humanas* que ya ha superado con creces la décima edición.■

AURORA BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA

Rg015

Todos educamos mal… pero unos peor que otros

Tomás Melendo Granados
EIUNSA, Madrid, 2008, 221 pp.

Todos educamos mal… pero unos más que otros. Con el título de este libro, el autor sabe captar con sencillez la atención de aquellos interesados en cuestiones que atañen a la educación de los hijos o de los alumnos. Con ello viene a recordarnos a los adultos que no estamos exentos de la ignorancia, la torpeza, la inexperiencia (a pesar de los años acumulados) o del error cuando tratamos, casi siempre de modo bienintencionado, de "educar" a nuestros jóvenes. Esta idea sobre la torpeza o la posibilidad de

equivocarse, suele ser expresada y admitida sin ningún temor entre los padres, pero a la hora de la verdad, con frecuencia se desvanece cuando estamos frente a aquéllos a los que consideramos que podemos enseñar algo y que sería, precisamente, ante quienes deberíamos admitir más sinceramente nuestras propias limitaciones. En lugar de eso preferimos "hacer" de buenos padres para no perder esa imagen del adulto sabedor y hacedor del bien para sus hijos o alumnos, según sea el caso. Sobre este punto llama animosamente la atención el profesor Melendo, y es que aquellos que se empeñan en ser protagonistas de la educación de sus hijos, sin luchar para crecer y ser mejores personas, son los que lo hacen peor (p. 24). No están sino encerrados en sí mismos sin preocuparse realmente por el bien del que tienen delante, sin ser conscientes de que están arremetiendo contra el primer derecho fundamental de esa persona querida, que no es otro que ejercitar su libertad para hacerse como el que es y debe llegar a ser. "El problema más extendido en la educación actual es que a muchos nos gustaría *hacer* bien de padres… sin esforzarnos seriamente por *ser* buenos padres" (p. 22).

Todos educamos mal, cierto, los errores se repiten una y mil veces a lo largo del día, pues no hay tarea tan importante y complicada como la de ayudar a alguien a convertirse en la persona que es y debe ser sin entrometerse demasiado, sin "dirigir" en exceso sus pasos, sin advertir de esos peligros u obstáculos del camino que serían fácilmente evitables con la intervención oportuna del adulto. De forma sencilla y amena pero contundente en sus afirmaciones, el autor hace un repaso de los principios esenciales que todo educador debería aprehender, salpicándolo de certeras observaciones aplicables en la práctica cotidiana y con las que, la mayor parte de las veces, el lector se sentirá identificado y ¿por qué no? reprendido amable e indirectamente, a la vez que comprendido, aliviado y esperanzado, pues la idea de que, a pesar de que todos educamos mal, nuestros hijos suelen salir una maravilla, es reiterada por el autor a lo largo del libro.

La referencia al Amor en el acto educativo es el hilo conductor de los principios que expone el autor: un amor incondicional, responsable y sobre todo desprendido. Tal vez sea esa una de las enseñanzas que podrían extraerse de esta obra y es que, lo habitual entre los padres es creer que cuanto más cosas hacen por sus hijos, para que estén tranquilos, satisfechos, alegres o para que no sufran, más fuerte es el amor que sienten. Pero paradójicamente no es así, sólo el verdadero amor es el que envolviéndolo todo, ni asfixia ni esclaviza ni imposibilita al otro: "La prioridad del tú sobre el yo es la regla de oro de la educación" (p. 92), dice el autor. A través de este hilo conductor se hermanan algunos principios para que la educación sea "aceptable": el amor, la ejemplaridad de los padres (que no se traduce en perfección sino en un obrar consecuente, estable y encaminado hacia la rectitud), la autoridad razonada y razonable, la formación de la conciencia o la educación de la libertad. Termina el autor realizando varias sugerencias específicas para educar a los hijos y

no hacerlo tan mal, siempre con esa referencia al Amor y a la aceptación del hijo como es y cargado de optimismo y positividad (en el mejor de los sentidos). De entre esas sugerencias específicas podríamos destacar el cambio de actitud que debería llevar a todos los padres a convencerse de que "nuestros hijos no son un problema ni un enemigo, sino colaboradores en nuestro crecimiento como padres y personas, y en el suyo propio […] como personas y como hijos" (p. 164).

Tomás Melendo logra expresar cuestiones esenciales de modo cercano y consigue, agudamente, sacar al lector de sí mismo para dejarlo frente al otro que es el hijo, concediéndole la importancia que tiene en su propio proceso educativo y, sorprendentemente, en el de sus padres; sin duda alguna esta idea es una puerta hacia un rico horizonte inexplorado porque no está extendida. A nuestro modo de ver esta idea ilumina todo el libro y las aportaciones que en él se hacen de un modo distinto al habitual. Considerar y "aceptar" que son los hijos los que, desde su nacimiento, se convierten en educadores de sus padres, que es gracias a ellos que los padres pueden llegar a ser mejores padres, y por ello, mejores personas, es iluminar y mostrar y acercar a los lectores una cuestión tan real como la vida misma, que son pocos los que se la han planteado y que, hay que reconocer, no es fácil de aceptar. Por otra parte, el autor consigue que este libro no sea como otros tantos sobre educación familiar o de los hijos que, al leerlos, originan en el lector un estado o sentimiento de *incomodidad*, cuando no de culpabilidad, al reconocerse en casi todos los errores habituales que se producen en el intento educador de los padres; por el contrario, son más las aportaciones, las propuestas y los descubrimientos que proporciona el autor sobre las acciones positivas y bien encaminadas para una educación acertada tanto de uno mismo como padre, como para la educación del hijo.■

MILA ALTAREJOS